

todo caso para dar al sexo una constitución sana en su juventud, con agradables, moderados y sanos ejercicios, y para formar y acendrar el gusto con el continuo deseo de agradar, sin exponer nunca la pureza de sus costumbres.

Luego que se casaban estas doncellas, ya nunca se dejaban ver en público; siempre encerradas en sus casas, limitaban todas sus solicitudes a los cuidados caseros y de la familia. Este es el método de vida que la Naturaleza y la razón prescriben al sexo. Por eso, de estas madres nacían los varones más sanos, más robustos y más bien formados del Universo, y, no obstante la mala fama de algunas islas, es probado que entre todos los pueblos del mundo, sin exceptuar los romanos, no es posible citar ninguno donde las mujeres hayan sido a un mismo tiempo más recatadas y más amables, y más hayan reunido la belleza con las buenas costumbres, que en la antigua Grecia.

Sabemos que la soltura de las vestiduras, que no sujetaban el cuerpo, contribuía en gran manera a dejar en ambos sexos aquellas hermosas proporciones que vemos en sus estatuas y que todavía sirven de modelos al arte, ya que desfigurada la Naturaleza ha dejado de presentarlos entre nosotros. Ni una siquiera de todas las trabas góticas e innumerables ligaduras que tienen prensados nuestros miembros, estilaban los griegos: sus mujeres no conocían el uso de esos corsés con que las nuestras se echan a perder el talle en vez de adelgazarle. No puedo figurarme cómo este abuso, que con especialidad en Inglaterra ha llegado a un extremo incomprensible, no hace al cabo degenerar la especie, y sostengo que aun la pretendida perfección que con él se proponen es de mal gusto. No agrada ver una mujer partida en dos como una avispa; es repugnante a la vista y penoso para la ima-

ginación. Lo fino del talle tiene, como todo lo demás, sus proporciones y su medida; excedida ésta se convierte en defecto, que sería muy notable en una persona desnuda, y que, por tanto, no puede parecer hermosa en una vestida.

No me atrevo a circunstanciar las razones porque se empeñan las mujeres en revestirse así de una coraza: confieso que un pecho fofó, un vientre abultado, etcétera, son cosas que desagradan mucho en una persona de veinte años, pero que en una de treinta no se extrañan, y como, mal que nos pese, hemos de ser en todo tiempo lo que plazca a la Naturaleza, y no se equivocan los ojos de los hombres, menos desagradan estos defectos en cualquiera edad, que la tonta afectación de una niña de cuarenta años.

De mal gusto es todo cuanto sujeta y constriñe la Naturaleza, tanto en los adornos del cuerpo como en los del ánimo. Primero que todo han de ser la vida, la salud, la razón, el bienestar; no hay gracia sin desahogo; la delicadeza no es endeblez, ni la que está enfermiza puede agradar. Lástima causa la que padece; pero el deleite y el deseo buscan robustez y sanidad.

Las criaturas de ambos sexos tienen muchos pasatiempos comunes, y así debe ser: ¿no los tienen también cuando son mayores? Otros gustos peculiares tienen que las distinguen. Los muchachos anhelan estrépito y bullicio, tambores, peonzas, carricoches; las muchachas gustan más de lo que da en los ojos y sirve para adorno, espejos, sortijas, trapos y, sobre todo, muñecas, que es la diversión peculiar del sexo; aquí tenemos con toda evidencia determinado su gusto a su destino. En el adorno está cifrado lo físico del arte de agradar, y lo físico es todo cuanto de este arte pueden cultivar las criaturas.

Mirad a una chicuela que pasa el día a vueltas con

su muñeca, mudándola sin cesar de traje, vistiéndola y desnudándola mil veces, inventando continuamente nuevas combinaciones de atavíos, bien o mal coordinados, poco importa: aun no hay maña en los dedos, ni está formado el gusto, pero ya se descubre la inclinación: en esta perdurable ocupación se le va el tiempo sin advertirlo; corren las horas sin que ella lo sepa; se le olvida hasta el comer, que más hambre tiene de adornos que de manjares. Sé que diréis: «Atavía su muñeca, no su persona». Sin duda; ve su muñeca y no se ve a sí propia, no puede hacer nada para sí, no está formada aun, no tiene talento ni fuerza, no es nada todavía, existe toda entera en su muñeca y en ella emplea todo su deseo de agradar. No siempre le concretará en ésta, que ya vendrá tiempo en que ella misma sea su muñeca.

Aquí tenemos ya una afición primera bien determinada; no hay que hacer más que seguirla y arreglarla. Cierto es que quisiera con todas veras la chiquilla saber hacer el prendido de su muñeca; su punto de red, su pañuelo, su encaje; para esto la sujetan con tanta dureza a la buena voluntad ajena, que mucho más cómodo fuera para ella debérselo todo a su industria propia. Así se halla motivo para las primeras lecciones que la dan, y que no son tareas que se la prescriben, sino favores que se la dispensan. Efectivamente, casi todas las niñas aprenden con repugnancia a leer y escribir; pero aprenden siempre con mucho gusto a llevar la aguja. De antemano se imaginan que han de ser mayores, y piensan con satisfacción que esta habilidad les podrá servir un día para componerse.

Abierta esta primera senda, fácil es seguirla; naturalmente se suceden la costura, el bordado, los encajes. La labor de tapicería no les gusta tanto: distan

mucho de ellas los muebles, y no están conexos con la persona, sino con otras opiniones. Esta labor es diversión de casadas; las muchachas solteras no la toman nunca mucha afición.

Con facilidad se harán paso estos progresos voluntarios hasta el dibujo, porque no es indiferente este arte para el de vestirse con gusto; mas no quisiera que las aplicaran a pintar países y, mucho menos, figuras. Follajes, frutas, flores, ropajes, todo cuanto puede servir para dar gracia a los adornos y hacer por sí propias un patrón para bordar cuando no le encuentren a su gusto, con esto les basta. Si en general importa a los hombres ceñir sus estudios a conocimientos usuales, todavía más les importa a las mujeres porque, aunque la vida de éstas sea menos laboriosa, como es o debe ser más perenne en sus ocupaciones, y está más interrumpida con tareas diversas, no les permite que se entreguen a ninguna habilidad especial en detrimento de sus obligaciones.

Digan lo que quieran los burlones, la sana razón pertenece igualmente a ambos sexos (51). Generalmente son las niñas más dóciles que los muchachos, y también debe usarse más la autoridad con ellas, como diré más abajo; pero no se sigue de aquí que haya de exigirse de ellas cosa ninguna cuya utilidad no puedan ver: el arte de las madres consiste en hacérsela palpable en todo cuanto les prescriben; esto es más fácil por ser más precoz la inteligencia de las chicas que la de los niños. Esta regla destierra de su

(51) El problema de la desigualdad mental de los sexos ha dado origen a mil polémicas y se han barajado mil opiniones y documentos; pero el problema queda en pie porque es más sentimental que justo su planteamiento.—R. U.

sexo, lo mismo que del nuestro, no sólo todos los ociosos estudios que en nada bueno paran, y ni siquiera hacen más agradables para los demás a los que se han aplicado a ellos, sino también todos aquéllos que para su edad no son de provecho, y que no puede prever la criatura que en otra más adelantada puedan serlo. Si no quiero que den prisa a un muchacho para que aprenda a leer, tampoco quiero con más razón que precisen a ello a las niñas, sin darles bien a entender primero para qué es buena la lectura, y, en el modo como les hacemos ver comúnmente esta utilidad, antes seguimos nuestras propias ideas que las de ellas. Al cabo, ¿qué necesidad hay de que sepa una muchacha leer y escribir tan temprano? ¿Tan presto ha de tener casa que gobernar? Muy contadas son las que no hacen más abuso que uso de esta funesta ciencia, y todas son curiosas en demasía para que no la aprendan, sin que a ello las apremien, así que tienen ocasión y lugar. Acaso lo primero de todo debieran aprender a contar, porque ninguna cosa presenta más palpable utilidad en todos tiempos, ni pide tan larga práctica, ni deja tanto lugar al error como las cuentas. Si no se le dieran a la chica las cerezas para su merienda sin una operación de aritmética, yo aseguro que en breve sabría calcular.

Conocí a una niña que aprendió a escribir antes que a leer, y que primero escribió con la aguja que con la pluma. De toda la escritura al principio no quiso hacer más que oes: sin cesar las hacía grandes y chicas, de todos tamaños, unas dentro de otras, y siempre formadas al revés. Por desgracia, un día que estaba ocupada en este útil ejercicio, se miró a un espejo y notó que la sentaba mal esta violenta postura; al punto, como otra Minerva, tiró la pluma y no quiso hacer más oes. A su hermano no le gustaba es-

cribir más que a ella: pero lo que él sentía era la sujeción y no la figura que le daba. Tomaron otro giro para que volviera a escribir: la chiquilla era vanidosa y delicada, y no quería que se sirvieran sus hermanas de su ropa blanca: se la marcaban, y no quisieron seguir marcándosela; fue menester que ella aprendiese a marcar: ya se dejan ver los adelantos progresivos.

Justificad siempre las tareas que impongáis a las niñas, pero imponédselas continuamente. Los dos defectos más peligrosos para ellas, y de que menos sanan cuando una vez los han contraído, son la ociosidad y la indocilidad. Las doncellas deben ser vigilantes y laboriosas: no basta con esto; deben estar sujetas desde muy niñas. Esta desdicha, si lo es para ellas, es imprescindible de su sexo, y nunca se libran de ella, como no sea para padecer otras más crueles. Toda la vida han de ser esclavas de la más continua y severa sujeción, que es la del bien parecer. Es preciso acostumarlas cuanto antes a la sujeción para que nunca les sea violenta, a resistir a todos sus antojos para someterlos a las voluntades ajenas. Si quisieran estar siempre trabajando, convendría precisarlas algunas veces a que holgaran. La disipación, la insubstancialidad, la inconstancia, son defectos que con facilidad nacen de sus primeros gustos estragados y siempre cumplidos: para precaver estos abusos, enseñadlas a que se venzan de continuo. En nuestras desatinadas costumbres, la vida de una mujer honrada es una perpetua lid contra sí propia.

Estorbad que se aburran las niñas en sus ocupaciones y que se apasionen por sus pasatiempos, como siempre sucede en las educaciones vulgares, en que, como dice Fenelón, todo el fastidio está de una parte y todo el contento de otra. Siguiendo las reglas que

preceden, sólo sucederá el primero de estos inconvenientes cuando les disgusten las personas que con ellas estuvieren. Una niña que quiera bien a su madre o a su aya, trabajará todo el día a su lado sin aburrirse: con charlar solamente se resarcirá de toda su sujeción. Mas si no puede aguantar a la que la gobierna, tomará la misma repugnancia a todo cuanto hiciere junto a ella. Muy difícil es que las que no se hallan mejor con sus madres que con nadie del mundo, puedan hacer un día cosa buena; mas para juzgar de sus verdaderos afectos es preciso estudiarlas y no fiarse de lo que dicen, porque son adulatoras, disimuladas, y saben disfrazar sus sentimientos desde temprano. Tampoco se les debe prescribir que quieran a su madre, el afecto no resulta de la obligación, y en esto de nada sirve el apremio. El cariño, las solicitudes, el hábito solo, harán que la hija quiera a la madre como ésta no haga nada para merecer su aborrecimiento. Bien dirigida, hasta la sujeción en que la tiene, lejos de debilitar este cariño, no hará más que aumentarle, porque siendo la dependencia el estado natural de las mujeres, se inclinan a la obediencia.

Por la misma causa que gozan o deben gozar poca libertad, se exceden en el uso de la que les dejan; en todo extremadas, se abandonan a sus juegos con mayor arrebató aun que los muchachos, y éste es el segundo de los inconvenientes que acabo de indicar. Deben moderarse en ellas estos arrebatos, porque son causa de muchos vicios peculiares de las mujeres, entre otros el capricho y las manías por las cuales se ciega una mujer hoy por un objeto que mañana no querrá ni aun mirar. Tan fatal es para ellas la inconstancia como el exceso en sus gustos, y entrambos provienen del mismo origen. No les estorbéis que se alegren, que se ríen, que metan bulla, que retocen y jue-

guen; pero impedid que se cansen de una cosa para correr a otra; no consintáis que un solo instante en su vida no conozcan freno. Acostumbradlas a ser interrumpidas en mitad de sus juegos, y llamadas a otras ocupaciones sin que murmuren. Con sólo el hábito basta para esto, porque no hace otra cosa que auxiliar la naturaleza.

De este apremio habitual resulta una cualidad que necesitan las mujeres toda su vida, supuesto que nunca cesan de estar sujetas o a un hombre, o a los juicios de los hombres, y que nunca les es permitido hacerse superiores a estos juicios. La prenda primera y más importante de una mujer es la blandura: destinada a obedecer a tan imperfecta criatura como es el hombre, tan llena muchas veces de vicios y siempre tan llena de defectos, desde muy temprano debe aprender a padecer hasta la injusticia y aguantar, sin quejarse, los agravios de un marido; debe ser blanda, no por él, sino por ella. La acrimonia y terquedad de las mujeres nunca logran más que agravar sus cuitas y el mal proceder de sus maridos, los cuales conocen que no son estas las armas con que han de ser vencidos. La Naturaleza no formó a las mujeres halagüeñas y persuasivas para que se tornaran regañonas; no las hizo débiles para que fueran imperiosas; no les dió voz tan suave para decir denuestos, ni facciones tan delicadas para que las desfigurasen con la ira. Cuando se enfadan, se olvidan de sí; muchas veces tienen razón de quejarse, pero siempre culpa en reñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo; un marido blando en demasía puede hacer insolente a su mujer; pero, a menos que el hombre sea un monstruo, no resiste a la blandura de una mujer, que triunfa de él tarde o temprano.

Sean siempre sumisas las hijas, mas no sean siem-

pre inexorables las madres. Para hacer dócil a una joven no es necesario hacerla infeliz, ni es preciso entontecerla para hacerla modesta; por el contrario, no me pareciera mal que alguna vez le dejasen usar algo de maña, no para eludir el castigo de su inobediencia, sino para eximirse de que le hicieran obedecer. No se trata de hacerle penosa su independencia, basta con hacer que la sienta. La astucia es un talento natural del sexo, y, convencido de que son buenas y rectas en sí todas las inclinaciones naturales, soy de dictamen de que se ha de cultivar ésta como las demás; trátase sólo de precaver sus abusos.

Sobre la verdad de esta observación me remito a todo observador de buena fe, y no quiero que examinemos a las casadas, porque nuestras instituciones, que tanto las sujetan, pueden haber aguzado su inteligencia; quiero que se examinen las doncellas, las niñas que acaban, por decirlo así, de nacer, que las comparen con muchachos de la misma edad, y, si no parecen estos majaderos, atolondrados, tontos junto a ellas, sin disputa voy yo equivocado. Permítanme un solo ejemplo escogido en todo el candor de la niñez.

Es muy común prohibir a las criaturas que pidan nada en la mesa, porque nunca creemos que ha de salir mejor su educación que cuando la recargamos con inútiles preceptos, como si fuese tan difícil darles o negarles un pedazo de ésto o de aquélla (52), sin hacer que se muera una pobre criatura de un ansia que aumenta la esperanza. Todo el mundo sabe la maña de un chico sujeto a esta prohibición, que, habiéndose olvidado de servirle plato, le ocurrió pedir sal, etcéte-

(52) La criatura se hace importuna cuando le tiene cuenta serlo; pero nunca pedirá dos veces una misma cosa, si es siempre irrevocable la primer negativa.

ra (53). No diré que le podían reñir por haber pedido directamente sal, y carne indirectamente; tan cruel era la omisión que, aun cuando hubiera violado patentemente el mandato y dicho sin rodeo que tenía gana, no puedo creer que le hubieran castigado. Mas véase aquí lo que hizo en mi presencia una chiquilla de seis años en un lance mucho más apretado; porque, además de que le habían impuesto prohibición rigurosa de pedir nunca nada directa o indirectamente, no hubiera merecido perdón la inobediencia, porque de todos los platos había comido, menos uno sólo que se habían olvidado de servirle y de que tenía ella gran deseo. Pues para conseguir que reparasen este olvido sin que pudiesen acusarla de inobediencia, pasó en reseña todos los platos, señalándolos con el dedo, y diciendo en alta voz conforme los iba señalando: «Yo he comido de eso, yo he comido de eso», pero con tan visible afectación pasó el dedo sin decir nada por encima del plato de que no había comido, que reparándolo uno de los convidados, la dijo: «¿Y de eso has comido? ¡Ah! no», replicó con sumisa voz y bajando los ojos la golosilla. No añadido nada más; compárese: esta treta es astucia de chica; la otra es astucia de muchacho.

Lo que existe es bueno, y no hay ninguna ley general que sea mala. Esta astucia particular dispensada al sexo, es una justísima indemnización de la fuerza que le falta, sin lo cual la mujer no fuera la compañera, sino la esclava del hombre: por esta superioridad de talento se mantiene al igual suyo, y le gobierna obedeciéndole.

Todo lo tiene en contra suya la mujer, nuestros

(53) Nuestro gran dramaturgo Calderón tiene un epigrama sobre este asunto. — *R. U.*

defectos, su cortedad, su flaqueza; no tiene en su favor más que su maña y su belleza. ¿No es justo que cultive una y otra? Pero no es la belleza física; mil azares la destruyen, se va con los años, y la costumbre acaba con su eficacia. El ingenio solo es el verdadero recurso del sexo; no es ese necio ingenio que tanto aprecian en el mundo y que no contribuye en nada a hacer la vida feliz, sino el ingenio de su estado, el arte de sacar utilidad del nuestro y valerse de nuestras propias ventajas. No sabemos cuán provechosa es para nosotros mismos esta astucia de las mujeres, cuánto embeleso añade a la sociedad de ambos sexos, cuánto sirve para reprimir la petulancia de las criaturas, cuántos maridos brutales enfrena, cuántos buenos matrimonios mantiene, que sin eso los turbara la discordia. Las mujeres arteras y malas abusan de ella, bien lo sé: pero, ¿de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad, porque alguna vez los malos se sirven de ellos para hacer daño.

Puede una lucir por sus galas, pero sólo puede agradar por su persona. Nuestros trajes no son nosotros: muchas veces deslucen a puro ser estudiados, y muchas veces los que más hacen reparar en las que los llevan, son los que menos se reparan.

En este punto la educación de las muchachas es diametralmente contraria a la razón. Les prometen galas como recompensa y hacen que gusten de adornos recargados. *¡Qué hermosa está!* les dicen al verlas muy engalanadas; cuando, por el contrario, las deberían dar a entender que tanto atavío no lleva otro fin que ocultar defectos, y que el verdadero triunfo de la hermosura se cifra en lucir por sí propia. De mal gusto es la afición a las modas, porque los semblantes no varían con ellas, y quedándose la cara

siempre la misma, lo que la cae bien una vez la cae bien siempre.

Cuando viera yo a la niña pavonearse con su prendido, haría como que me daba en que pensar lo que presumirían de su figura disfrazada así, y dijera: «Todas esas galas la adornan en demasía y es lástima. ¿Crees tú que la bastará llevar otros adornos más sencillos? ¿Es tan hermosa que le podamos quitar esto o aquello?» Acaso rogará entonces ella misma que le quiten aquel adorno, y que decidan: entonces es ocasión de alabarla, si hay razón para ello. Cuanto con más sencillez estuviera vestida, tanto más la elogiara yo. Cuando mire las galas como mero suplémento de las gracias personales y una confesión tácita de que necesita socorro para agradar, no estará ufana con su traje, sino muy humilde, y si, yendo más engalanada de lo que acostumbra, oye que le dicen: *¡Qué hermosa está!* le saldrán de rabia los colores a la cara.

En cuanto a lo demás, si hay figuras que necesitan adorno, ninguna hay que exija ricos atavíos. Las galas costosas son vanidad de la clase y no de la persona, y únicamente penden de la preocupación. La manía de prender a todos alguna vez se acicala, más nunca es ostentosa, y con más riqueza que Venus se engalanaba Juno. «No pudiendo hacerla hermosa, la haces rica», decía Apeles a un mal pintor que pintaba a Elena cargada de adornos (54). También he reparado que las más veces las alhajas más preciosas las llevaban mujeres feas: no es posible tomar más vanidad con menos maña. Dad a una joven que tenga gusto y desprecie la moda, cintas, gasa, muselina y flores, y sin

(54) SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA. *Pædagog.*, II, capítulo XII.

diamantes, dijes, ni encajes (55), va a idear un traje que dé cien veces más realce a su hermosura que todos los brillantes colgajos de la modista más encopetada.

Como lo que cae bien siempre cae bien y como siempre es necesario parecer lo mejor que sea posible, las mujeres que más entienden de vestidos escogen los que les caen bien y los conservan, y como no mudan todos los días, se ocupan menos en sus trajes que las que no saben los que han de llevar. El verdadero arte de ponerse bien requiere poco tocador. Las señoritas solteras rara vez gastan tocados de aparato; la labor, las lecciones, les ocupan el día, y, no obstante, por lo general, van tan bien puestas como las señoras casadas, y muchas veces con más gusto. No es lo que se piensa el abuso del tocador, que más procede de aburrimiento que de vanidad. Bien sabe una mujer que gasta seis horas en su tocador, que no sale de él más bien puesta que la que no está en el suyo arriba de media hora: pero es tiempo ganado de la inaguantable longitud del día, y más vale divertirse consigo que fastidiarse con todo. ¿Qué se había de hacer con la vida, desde las once de la mañana hasta las tres de la tarde, si no fuese por el tocador? Se reúnen otras mujeres a su alrededor y se divierte en impacientarlas, ya eso es algo; se evitan las conversaciones a solas con un marido que sólo se ve a esta hora, y eso es mucho más; y luego vienen las modistas, los pollos, los autores en boga, los versos, las canciones, los folletos nuevos: sin el tocador nunca se pudiera reunir tanta

(55) Las mujeres que tienen el cutis tan blanco que no necesitan encajes, darían mucho que sentir a las otras si no los gastasen. Casi siempre son las feas las que introducen las modas a que las bonitas se sujetan luego tontamente.

cosa. El único beneficio real que de éste se saca, es el pretexto de lucirse algo más cuando está vestida; pero no es tanto este beneficio como se piensa, ni sacan de él tanto como se figuran las mujeres que tan prolijo tocador gastan. Dad sin escrúpulo educación de mujer a las mujeres; haced que se aficionen a las tareas de su sexo, que sean modestas, que sepan cuidar y gobernar su casa y se les olvidará muy pronto el abuso del tocador, no estando por ello prendidas con peor gusto.

Lo primero que las niñas observan a medida que van creciendo, es que todos estos adornos extraños no bastan para quien no los tiene en su propia persona. Nadie se puede dar hermosura, ni se adquiere tan presto el arte de prender a los hombres; pero ya es posible poner estudio en dar a los ademanes un giro agradable, a la voz un acento melodioso, en presentarse con aire, en andar con garbo, en tomar posturas que tengan gracia y en sacar ventaja de todo. La voz alcanza más, toma consistencia y metal, se desenvuelven los brazos, se toma buena planta, y de cualquier manera que vaya una vestida, conoce que hay un arte para hacer que la miren. Ya entonces no se trata solamente de aguja y de industria; se presentan nuevas habilidades y se hace palpable su utilidad.

Bien sé que los institutores severos no quieren que se enseñe a las niñas la música, el baile ni ninguna de las artes agradables. Muy gracioso me pareco eso. ¿Pues a quién quieren que se enseñen? ¿A los muchachos? ¿A quién toca más bien poseer estas artes, a los hombres o a las mujeres? «A nadie, responderán. Las canciones profanas son pecados horrorosos; el baile una invención del diablo; una niña no debe tener otro pasatiempo que su labor y su rezo». ¡Cierto que son extraños pasatiempos para una chica de diez años!

Mucho me temo que todas estas santitas, forzadas a pasar su niñez encomendándose a Dios, pasen su mocedad en cosas muy distintas y se resarzan, lo mejor que puedan, cuando estén casadas, del tiempo que piensan haber perdido siendo solteras. Creo que se ha de tener cuenta con lo que conviene a la edad no menos que al sexo; que una muchacha no debe vivir como su abuela, que debe ser viva, alegre, retozona, cantar, bailar todo cuanto se le antoje y disfrutar todos los placeres inocentes propios de su edad; harto pronto le llegará el tiempo de ser reposada y tomar un aire más serio.

Pero ¿es efectiva la necesidad de esta mudanza? ¿No es acaso también fruto de nuestras preocupaciones? Con esclavizar las mujeres honradas a tristes obligaciones, han desterrado del matrimonio todo cuanto podía hacerle grato a los hombres. ¡Qué extraño es que los eche de su casa el silencio que ven reinar en ella, o que tan poca prisa se den para abrazar tan desabrido estado! El cristianismo, a fuerza de exagerar todas las obligaciones, las hace impracticables y vanas; con tanto prohibir a las mujeres el canto, el baile y todos los pasatiempos del mundo, las hace groseras, regañonas e inaguantables en su casa. No hay religión en que esté sujeto el matrimonio a tan severas obligaciones, ni ninguna en que más despreciado sea vínculo tan sagrado. Tanto se ha afanado en estorbar que las mujeres fueran amables, que han vuelto indiferentes a los maridos. No debiera ser así; ya lo veo; pero digo yo que así debía ser, porque al cabo los cristianos son hombres. Yo por mí querría que una inglesa moza cultivara con tanto esmero los talentos amenos para agradar al marido que llegara a tener, como los cultiva una albanesa joven para el serrallo del Ispahan. Me dirán que un marido no se cura mucho de todos esos

talentos. Bien creo que así sea, cuando, en vez de emplearlos en su diversión, sirven de cebo para tener en su casa mozuelos descarados que le afrentan. ¿Mas os figuráis que una casada cuerda, amable, adornada con estos talentos, y que los consagrare a la diversión de su marido, no aumentaría la felicidad de éste y no le estorbaría que al salir de su gabinete con la cabeza cansada saliese de casa en busca de recreo? ¿No ha visto alguno familias felices, reunidas de esta suerte, donde cada uno pone su parte en la diversión común? Diga éste si la confianza y la familiaridad que con ella va unida, si la inocencia y la dulzura de los contentos que disfrutan, no sustituyen con ventaja al mayor bullicio que ofrecen las diversiones públicas.

Hemos convertido mucho en arte las habilidades agradables y las hemos generalizado en demasía; todo lo hemos puesto en máximas y preceptos, y hemos convertido en fastidio para las muchachas lo que debiera servirles de diversión y juego. No imagino cosa más risible que ver a un viejo maestro de música o de baile, que se acerca con cenceño ademán a niñas que sólo piensan en reirse, y para enseñarles su frívola ciencia toma tono más pedante y magistral que si tratara de explicarles la doctrina cristiana. ¿Es inseparable, por ejemplo, el arte de cantar de la música escrita? ¿No es posible hacer flexible la voz y ajustarla, aprender a cantar con gusto, y aun acompañarse, sin conocer ni siquiera una nota? ¿Cuadra el mismo género de canto a todas las voces? ¿Se adapta el mismo método a todas las inteligencias? Jamás me harán creer que convengan las mismas posturas, los mismos pasos, los mismos ademanes, los mismos bailes, a una morenita viva y salada, que a una hermosa rubia, alta, de ojos tiernos. Así, cuando veo un maestro que a entrambas da exactamente las mismas lecciones, digo:

«Este hombre sigue su práctica, mas no entiende ni una palabra de su arte».

Preguntarán si deben tomárseles a las niñas maestros o maestras. No sé: bien querría yo que no necesitasen unos ni otras, que aprendiesen a su libertad lo que tanta inclinación tienen a aprender y que no viésemos vagabundear por nuestras ciudades tanto saltarín. Difícilmente dejaré de creer que el trato con semejantes gentes no sea más perjudicial para las niñas que útiles sus lecciones, y que su algarabía, su estilo, sus ademanes, no inspiren a sus discípulas la primera afición a las fruslerías de tanta entidad para ellos, y que, a ejemplo suyo, tendrán ellas en breve como única ocupación.

En las artes que no tienen otro objeto que el agrado, toda cosa puede servir de maestro a las niñas; su padre, su madre, su hermano, su hermana, sus amigos, sus ayas, su espejo, y, más que todo, su propio gusto. Nadie se debe brindar a darles lección, es preciso que sean ellas las que la pidan: ni se les debe prescribir como tarea lo que es recompensa, y, en esta especie de estudios, el mayor aprovechamiento pende con especialidad de querer aventajarse en ellos. En cuanto a lo demás, si son absolutamente necesarias lecciones en forma, no seré yo quien decida de qué sexo han de ser los que deban darlas. No sé si es preciso que un maestro de baile agarre a una discípula moza de su blanca y delicada mano, le haga levantar la ropa, alzar los ojos, tender el brazo, sacar un pecho palpitante; lo que si sé es que por cuanto hay en este mundo no quisiera yo ser ese maestro.

Con la industria y los talentos se forma el gusto, con el gusto se introducen en nuestro entendimiento las ideas de la belleza de todos géneros y, finalmente, las nociones morales que a ellas se refieren. Esta acaso

es una de las razones porque el sentimiento de la decencia y la honestidad se insinúa más pronto en las niñas que en los muchachos, pues creer que provenga este sentimiento de lo que les dicen sus ayas, fuera no estar instruído ni en lo que son las lecciones de éstas, ni en el natural progreso del espíritu humano. El primer puesto en el arte de agradar le ocupa el arte de hablar; por él solo pueden añadirse embelesos nuevos a aquéllos con que acostumbra el hábito a los sentidos. No sólo vivifica el espíritu al cuerpo, sino que le renueva en cierto modo; por la sucesión de los sentimientos y las ideas anima y varía la fisonomía, y por los razonamientos que inspira, llamando la atención, sostiene mucho tiempo igual interés en el mismo objeto. Creo que por todas estas razones adquieren las muchachas tan presto un charlar grato, acentúan lo que dicen, aun antes de sentirlo, y se divierten los hombres en escucharlas, aun antes de que puedan ellas entenderlos: atisbando, por decirlo así, el instante del discernimiento de estas chicuelas, para saber cuándo las podrán amar; porque, por más que hagamos, queremos agradar a lo que nos agrada, y, así que perdemos la esperanza de serlo grato, no nos agrada mucho tiempo (56).

Las mujeres tienen flexible la lengua; hablan más pronto y con más facilidad y agrado que los hombres. También las acusan de que hablan más; así debe ser, y yo convirtiera esta acusación en elogio: en ellas la boca y los ojos tienen igual actividad por la misma razón. El hombre dice lo que sabe, la mujer dice lo que agrada; el uno para hablar necesita conocimiento y la otra gusto; el principal objeto del uno deben ser

(56) VARIANTE..... «atisban el primer momento de esta inteligencia para penetrar así en el sentimiento».